NUESTRO HOMENAJE

Al cumplirse el primer aniversario de los sucesos ocurridos en Cataluña en el mes de julio del año anterior, en cuya fecha el proletariado se lanzó á la huelga general, que terminó en revolución, al humano grito de ¡abajo la guerra! rendimos nuestro tributo á los héroes anónimos de aquella jornada, á la par que hacemos patente nuestra admiración hacia los que cayeron luchando por la reivindicación de la dignidad humana con tanta frecuencia atropellada en holocausto de intereses mezquinos.

El pueblo catalán, que en febrero de 1902 honró su historia llevando á cabo la primera huelga general, por espíritu de solidaridad hacia los compañeros metalúrgicos que luchaban por su mejoramiento económico, añadió una página de gloria inmarcesible oponiéndose á esa matanza colectiva que los gobiernos designan con el nombre de guerra.

El convencionalismo político, la ley de jurisdicciones y el espíritu patriótico-mercantilista de los que han publicado libros, son causa de que no se hayan hecho públicos muchos hechos ocurridos durante la semana gloriosa y que demuestran que no ha sido estéril la propaganda esparcida durante muchos años.

Nosotros conmemoramos este aniversario laborando por la causa de la emancipación humana y sintiéndonos orgullosos de haber contribuido á que no se considerara al proletariado español como un rebaño que obedece á la voz de sus pastores, sino como una clase que se dispone á tomar nuevas posiciones para dar la batalla á sus tiranos y explotadores.

Y la revolución de julio, como todas las revoluciones, fué un triunfo, tanto por el móvil que la inspiró como por los episodios que le dieron carácter marcadamente antimilitarista, pues es sabido que hasta alcanzar el triunfo definitivo hemos de pasar por varias gloriosas etapas y una de ellas es la que hoy conmemoramos.

Continuemos, pues, nuestra propaganda y así honraremos dignamente la memoria de los innumerables mártires de la causa de la humanidad y de la justicia social.

El grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD

Remember

He ahí un estallido de pasión, un desbordamiento de vida que afirma una vez más la idea de justicia, que si es verdad no ha cristalizado aún en la mente de los hombres en prismas de bondad y belleza, empuja á la multitud á la ofrenda generosa de vidas humildes cuando la fuerza que forman las amarguras de la miserable lucha social diaria ha saturado el corazón de fervor revolucionario.

En todos los sinceros debe tener cabida el entusiasmo al recordar la acción que se traduce en represalia contra la tiranía absorvente. Un día de revuelta es algo fortalecedor que rompe con las conveniencias de la filosofía y se lanza á la venganza del ultraje perenne que unos hombres infieren á otros. Si no hay certidumbre en la eficacia de las revoluciones para ascender, se siente por lo menos la necesidad de ellas para contrarrestar ese equilibrio que establece la filosofía, que disculpa todas las cobardías y que nos hace piadosos y hasta cómplices de los males sociales. No se puede pedir que todos sean héroes ó tengan vocación de mártires, pero sí que cada uno se esfuerce por educar su voluntad para la lucha, y esto se consigue únicamente con sobriedad de necesidades y plétora de sentimientos. Esta afirmacion, que es hija de la experiencia, notoriamente enseña que nunca los que quieren medrar dentro de la injusticia pueden desear ni amar lo que hace tabla rasa de privilegios. Es preciso avivar en las almas el odio á la ignominia erigida en poder, y á los falsos apóstoles que amparándose en ideas de redención hacen escabel de sus ambiciones y afirman su orgullo sobre la humildad de los altruístas. Si depresivo es que los sacrificios del pueblo sirvan siempre para eregir ídolos que se hacen los curas rojos de la fe en la libertad, mucho más aplanador y antivital es que el ejemplo de los malos pastores desarraigue la animosidad de los hombres sencillos que no ven que es fatalidad que acompaña á la actual humanidad el desacuerdo constante entre las palabras y los hechos. Si hay convicción de que las ideas elaboradas en el transcurso del tiempo se perfeccionan con la propaganda y llegan á tomar cuerpo consistente en la realidad, no debe entrar el desaliento ante la ruindad del egoísmo, sino que siempre ha de ponerse alto el ideal formado de verdades depuradas. Y aquí nace el reproche para los orgullosos cerebrales que cacarean lo que creen sus virtudes y admiración exaltadora para los sentimentales ignorados que forman la masa tan vilipendiada, aun siendo ella la avalancha destructora que ofrece al progreso el abono de su sangre. Y de ella sale la flor de la sinceridad que yo quiero ofrecer al recuerdo glorioso de la jornada de Julio. En aquellos días de agitación, un hombre sale de su casa, ciudadano pacífico en su vida ordinaria, resignado al trabajo y al sufrimiento de la familia parece inútil y muerto á toda sensación profunda, pero en un momento se encuentra en el fragor de una barricada y se despiertan en él todas las energías latentes. Yo le he visto transformado, avanzar, hincar su rodilla en tierra, tomar el fusil y disparar. Acabados los tiros pide otro fusil y ya no cesan sus brazos. No se entretiene en cargar el arma, deja con la mano izquierda la humeante y con la derecha se apodera de la que está presta á vengar ofensas. Yo que he admirado el rostro radiante y moreno de este ser anónimo con sus ojos febriles y sus cabellos de azabache flotando al viento, no puedo olvidar esa impresión de belleza que me hace amar la revolución que así transforma y forma los caracteres.

Por encima de todo el énfasis de la palabra, está el hecho que hace resaltar la fecundidad de toda revolución, por el germen de avasallamiento sugestivo que en sí lleva y por la cobardía que despierta en los tiranos. Pero no tendría la idea de revolución gran virtualidad si no enseñase á dirigir el ataque tenaz hacia todos los baluartes donde se ampara la injusticia y no concretase el fin primordial que se persigue, cual es: acelerar la destrucción de la autoridad y cimentar la evolución hacia una posibilidad de perfección social en la libertad del apoyo mutuo.

M. Costa Iscar

París.

¡Si fuera cierto!

Propuse la publicación de este número y el proponente debe votar por su proposición ó no hacerla.

Pero no ignoro que hay fiscales que no se justificarían si no denunciaran, importándoles poco la injusticia de su obra, puesto que el incomodado no es indemnizado nunca, aunque le reconozcan sin culpa y si el derecho de la indemnización concedieran las leyes, seguro estoy que en este caso todos resultarían culpables.

Recuerdo, al efecto, que el número del 4 de mayo fué todo él denunciado, y en *todo él* entraba la incompleta historia de «La gota de agua», cuya insignificancia semejaba al anarquista; cuya indomabilidad al ideal anarquista, y cuyo invencible poder, adquirido por su unión, al que tendrán los anarquistas cuando se orienten, se desarnen de ciertos atávicos resabios y sepan obrar...

He aquí por qué pensé que puesto que los habitantes del planeta Marte viven en la Anarquía, sería útil visitarles para contar á los de la Tierra cómo allá se arreglan y cómo han llegado á tal resultado.

Cierto que esta historia deberá ser muy incompleta, puesto que merecería un voluminoso libro y he de concretarla al molde de un artículo de periódico.

Como he dicho, al saber que vivían en Anarquía, que se habían emancipado de la sarna religiosa, de la tiña capitalista y de la lepra autoritaria; esto es: que vivían felices, sin religión y sin Dios, sin explotadores y sin capital: sin políticos y sin autoridad, mi deseo de visitarles era grande; ¿pero cómo hacerlo?

No sólo los aeroplanos son muy imperfectos todavía, sino que por perfectos que sean se encontrarían con la dificultad de atravesar la línea donde las fuerzas de atracción y repulsión de ambos planetas se neutralizan, y me exponía á quedar en la línea divisoria cual un acero entre dos poderosos imanes, que sólo un brusco movimiento lo atraería sobre uno de ellos, no sin peligro en mi caso.

Pero yo quería y debía ir y aquí me tienen inventor.

No haré el diseño de mi aeroplano «Ideal», que por cierto no he registrado ni pienso en ello: sólo diré que los católicos que con la ignorancia han amasado una fe, lo llamarían alma; los espiritistas, que de la mentira pretenden hacer una ciencia, lo llamarían espíritu, y yo, ateo impenitente, que no creo ni en Dios ni en Roque, lo he bautizado (sirva el aforismo) «Ideal».

Y con mi «Ideal» llegué allá, donde fuí recibido en la gran familia dichosa con la curiosidad científica y humana de saber lo que en la Tierra pasaba.

A los pocos minutos todos los habitantes del planeta lo sabían y me conocían, pues mi retrato fué transmitido en pocos segundos á todos sus rincones, y mi discurso explicando lo que ocurre, y que omito por no hacer esto pesado, y porque todos lo saben, aunque no todos lo sientan, todos lo oyeron como puede oirse una función de ópera desde su casa.

Esta curiosidad por conocerme y oirme, no debe extrañar, puesto que aquí, en la Tierra, cuando se caza un animal extraño, á los pocos minutos lo sabemos en las poblaciones y conocemos su descripción, y allá, como todo está más perfecto, se transmite la fotografía y se le oye hablar, no sólo de las poblaciones, sino del último rincón.

El idioma es tan sencillo que, á pesar de mi cabeza dura, á las pocas horas lo hablaba y á las 24 que se convino para que todos los millones que cuenta me oyeran, pronuncié mi discurso en el idioma que ellos poseen, especie de un esperanto, pero mucho más perfeccionado.

Terminado mi discurso, uno me contestó con otro, pero yo sólo diré en síntesis lo que dijo, pues de otro modo el periódico sería insuficiente.

«Nosotros hemos padecido vuestras calamidades. Como vosotros estábamos divididos en naciones y en clases. Hombres destinados á matar, á perseguir á otros hombres... Los más sufrían por culpa de su ignorancia y desunión que los hacía juguetes de los menos, pero éstos no eran tampoco felices.

Los que todo lo producían eran los que nada poseían, y los que nada producían lo poseían todo.

Unos degeneraban por exceso de trabajo, falta de alimentación y de higiene; los otros por exceso de vicios, idénticamente que lo que tú cuentas ocurre en la Tierra, puesto que sólo habría necesidad, para contestarte, de decirte: «aquí ocurría lo mismo».

Divididos en naciones, gobernadas por diferentes sistemas, el resultado era el mismo. Cuanto más avanzado era el gobierno más refinada era la explotación. Se pretendió apoderarse del gobierno para transformarlo todo, pero no se transformaba nada. Apoderados del poder los socialistas, salidos de los obreros, negaron el derecho de huelga, monopolizaron todos los servicios, dieron parte de los beneficios, pero el obrero continuó esclavo.

Antes de llegar á este punto el obrero había luchado por mejorar; se había sindicado, aunque no todos, y había presentado batallas.

Un día dos naciones se deshacían, y el pueblo de una de ellas, que supondríamos París, proclamó la Commune. Fué vencida y 35.000 revolucionarios asesinados.

Este y otros hechos; asesinatos de huelguistas por cientos (como en Chile y Méjico), hizo á los habitantes aprender mucho y de perfección en perfección llegaron al último resultado.

Una nación rica en minas, llena de miseria y analfabetos, que bien pudiera compararse á España, pero donde los revolucionarios y el sindicalismo empezaba á inquietar, algunos ricos formaron una sociedad para explotar minas en otro país donde por considerársele salvaje pensaron tener obreros casi de balde.

En esa Compañía figuraban en primer lugar un marqués, pantalla de los jesuitas, el animal más dañino que existe, y ese marqués dirigía una compañía de vapores que repatriando soldados de una desastrosa guerra, aunque todas las guerras son desastrosas, mató más soldados por hacinarlos en los barcos como los sacos, que la misma guerra. Otro millonario, protector de un confidente terrorista y el hijo del jefe del gobierno.

Las minas necesitaban un ferrocarril y los habitantes del país no querían consentirlo, y como se empeñasen en hacerlo, indignados los habitantes de que los de fuera fuesen á mandarlos, acometieron con los que encontraron y mataron algún desgraciado que maldita culpa tenían.

Estas muertes nada importaban á la compañía, pero sí el explotar las minas, y so pretexto de vengar las muertes, como mandaban, acordaron enviar soldados á castigar los asesinos. Y, en vez de ir los ricos, que sacarían el producto de las minas, enviaron obreros, reservistas, la mayoría con niños pequeños y mujer joven.

De un lado el sentimiento de abandonar la familia; de otro el saber que iban á matar á los que no conocían ni mal les habían hecho ó á dejarse matar por ellos, los desanimaba y sólo iban á la fuerza.

Los obreros conscientes y sindicados, enemigos de la guerra, se indignaban al verlos partir y quisieron impedirlo.

Acordaron la huelga general de protesta, que bien pronto las provocaciones de las fuerzas al servicio de los ricos, convirtieron en revolución. Se levantaron barricadas, se quemaron iglesias y conventos.

Los que se llamaban defensores de los obreros prometieron la huelga también y la decretaron, como un gobierno, con días de anticipación, para servir á sus amos; otros, que por sus ideas debían ayudarles, tuvieron miedo y dejaron que las guarniciones de sus pueblos fueran á ametrallar á los huelguistas, que tuvieron que ceder huyendo como pudieron.

Los militares fueron los amos y persiguieron enviando á presidio á muchos y fusilando á varios.

Uno de los fusilados era un corazón generoso que todo su talento y dinero lo empleaba en hacer bien, en enseñar.

Las demás naciones se indignaron.

Los revolucionarios conocidos recibieron de todas partes promesas de medios para acabar con aquella tiranía y sus dictadores. Jóvenes generosos expondrían su vida para hacer rodar á los tiranos; otros se sumaban para el asalto y muchos miles se contaban para el intento.

Se discutían los últimos detalles cuando el miserable deja el puesto á otro que promete reparar y aunque nada reparó destruyó con su esperanza la obra casi terminada.

. . . .

Pero no cejamos: volvimos á organizarnos, creamos escuelas, éstas federadas y familiarizadas con las confederaciones obreras hicieron la gran propaganda. Los revolucionarios al frente consiguieron hacer de los hijos de los que se asociaban por ganar un real más, revolucionarios convencidos. Además del idioma de la nación enseñábamos uno general, como el esperanto, que es el que hablamos todos los del planeta.

Los niños los cambiábamos, por cierto tiempo, aparte de que por higiene y salud llevábamos los de la población á la campaña y de la campaña á la población; los llevábamos de una nación á otra. Los viajes los pagaban las federaciones y allá donde iban no faltaban, bien las familias que tenían los suyos en otras naciones, bien otras que los guardaran, pues antes de salir sabían donde iban.

Esto creó una fraternidad internacional grande y produjo una ilustración en el pueblo, increíble.

A los pocos años de esta táctica la ilustración obrera pesaba en la balanza social más que la burguesa; la lucha se presentó por una huelga, que se hizo general; el soldado, llamado á poner fin, se abrazó al obrero: la demás fuerza quemó sus uniformes y rompió sus armas. La autoridad y la burguesía habían acabado; la explotación y el mal también. La justicia, la libertad y la fraternidad reinan desde entonces en el planeta Marte.

⁂

Momentáneamente las Confederaciones organizaron el trabajo que se ha ido perfeccionando al extremo actual. El progreso científico y mecánico, al servicio de todos, hace que el trabajo humano sea innecesario y se trabaja por razón de higiene y de salud.

Nuestras comodidades no pueden ser mayores: de nada carecemos.

Los emperadores y poderosos de antes no querrán volver á la sociedad de ayer, puesto que gozan de todas las comodidades y son más libres.

La tisis, la tuberculosis y todas las enfermedades repugnantes de la sociedad antigua han desaparecido con la miseria, el vicio y la ignorancia.

No necesitamos armas para defendernos ni llaves para cerrar nuestras casas. Todos tienen lo que necesitan y no tienen necesidad de robar, porque no precisan, por ejemplo, un par de botas para los pies y otro para las narices.

Cuando se nace se le inscribe por curiosidad estadística en un registro. Si su madre está en condiciones y quiere lactanciarlo lo hace y si no, no hay necesidad: es hijo de la sociedad y jamás falta quien lo haga y, en último caso, los medios abundan.

El resto de la vida puede decirse que se pasa en la Escuela, porque todo el planeta Marte es una Escuela. Los trabajos materiales no inquietan, pues la maquinaria ha casi suprimido los oficios, y como esta maquinaria y sus productos es de todos, en vez de crear el mal de la Tierra en manos de algunos, aquí produce la dicha.

Los estudios científicos son los que más interesan, pero sin embargo, aunque la ciencia ha de progresar todavía, nuestra dicha en poco puede variar porque somos felices y dichosos.»

He aquí, muy incompleto, mi viaje al planeta Marte. Siento no explicarlo mejor, pero llevo ocupado mucho espacio y los lectores me perdonarán. Pero si de lo dicho sacan algo digno de seguir, manos á la obra.

He resumido mi idea: Ideal, faro hacia el que camina la Anarquía, ideal de la gran sociedad dichosa. Medios, el sindicalismo y la Escuela. El sindicalismo que recluta los más desgraciados de la sociedad, que los enseña al enemigo, que los hace rebeldes á los explotadores y tiranos; que creará la fuerza antiburguesa, y la Escuela, que iluminando los cerebros proletarios, los haga aptos para las conquistas y las consolide.

V. García

¿Conmemoración?

Nunca habrá sido empleada esta palabra con más impropiedad que lo es en la presente ocasión. Conmemorar equivale á recordar, y el recuerdo es siempre la reparación de un olvido. Y bien, ¿quién, llámese reaccionario ó revolucionario, oportunista ó avanzado, militante ó neutro, ha olvidado á estas fechas las jornadas históricas de la semana roja de Barcelona? No se borran tan fácilmente las huellas profundas que dejan en las conciencias las conmociones épicas del pueblo. La impresión terrorífica recibida por los que han visto zozobrar sus privilegios en una de esas grandes revueltas populares, es demasiado fuerte para poder desaparecer en el breve lapso de un año. Tanto más si ese terror, exacerbándose hasta el paroxismo, degenera en impulsiva cólera que hace soñar á sus poseídos en extinguir con el lodo sanguinolento de tenebrosas maquinaciones la llama siempre viva de los ideales justicieros, convertida súbitamente en incendio por el huracán desatado de la injusticia. Entonces, al calofrío medroso que experimentan ante el recuerdo del riesgo salvado, se une en los verdugos la zozobra por el peligro que se ve venir, el presentimiento aterrorizador de nuevos estallidos reparadores de los crímenes impunes con que los vencedores saciaron su sed de venganza contra los vencidos. Pues, salvo que la venganza es un sentimiento contranatural, no deja de estar justificada y por lo mismo es temida, como justo desquite de los reprimidos contra sus represores, cuando éstos añaden al dolor de la derrota el agravio del ensañamiento en los primeros. Y como represión cruel y sañuda es bien típica la emprendida por el último gobierno conservador y continuada hasta hoy por otros dos gobiernos apodados, para mayor escarnio, democráticos, contra los revolucionarios catalanes que un año ha se sublevaron en protesta contra una guerra afrentosa.

Pero ¡bah! tampoco los revolucionarios olvidan, y cuando cuentan en su ejecutoria rasgos de heroes como los registrados en aquella jornada, ni les humilla la derrota ni les amedrentan las persecuciones más encarnizadas. Reciben con estóica serenidad estos previstos reveses de la lucha, sin dejar de considerar con amargura los resabios de la ferocidad primitiva que superviven en la casta de los dominadores modernos, y reconcentran en el fondo de sus pechos las iras en ellos despertadas por los vejámenes injustamente sufridos, interín llega el momento propicio de exteriorizarlas en desagravio legítimo á tantos y tantos ultrajes.

⁂

Seis días duró la hoguera, y sus chispas innúmeras cayeron como lluvia benéfica sobre la tierra esterilizada por la planta de la iniquidad. El riego generoso y ardiente hizo fermentar el dolor bajo la costra del pesimismo, y las almas oprimidas se abrieron á la esperanza, sedientas de la redentora semilla. Eran nuevas voluntades, que despertadas al fragor de la lucha revolucionaria, ansiaban arrojar el lastre de la sumisión para ascender á la vida fecunda de la rebeldía.

Habría que ganarlas para la revolución próxima antes de que los Tartufos de la política lograsen adherirlas á su pérfida causa consistente en retardar la susodicha revolución para ellos medrar lo más posible con lo establecido.

Y sin dormirse, en plena reacción, afrontando serenamente la furia desencadenada en las alturas, los paladines de la verdadera causa dejan oir su voz acusadora contra los déspotas cabe los muros de sus alcázares. Agarrotada de momento esa voz por el grillete de la represión, enmudece, para resonar de nuevo más clara y potente, apenas el temporal reaccionario amaina. Y es gracias á ese tesón que el ideal irradia ya de nuevo sus fulgores hasta los lugares más apartados, alentando á sus guerrilleros para las nuevas contiendas. Nunca se habló como ahora, con más apremio y vehemencia, de la revolución futura, de la última, que rematará todos los privilegios.

Ahora hay que seguir trabajando sin descanso por abreviar su llegada, y atendiendo á las enseñanzas recientes, huir de los heroismos improvisados, que si bien hacen glorioso el fracaso, restan energías muy estimables para las luchas definitivas. Con gran serenidad, sin impaciencias ni desmayos, é inspirándose en el amor más acendrado por los ideales, hay que aquilatar las situaciones, reunir todos los elementos necesarios, prepararse, en un todo, para la victoria. Ir á sabiendas á nuevas derrotas, á nuevos sacrificios infructuosos, dilataría las acciones positivas en pro de la causa revolucionaria, comprometiendo su más pronto triunfo. Y se trata ya, ante todo, de que no nos vuelvan á coger los avances fortuítos de la revolución venidera, que vayan suscitándose por las intemperancias de los poderosos.

He aquí la lección más útil que se desprende de la insurrección de Barcelona, cuyo primer aniversario se cumple hoy; y en ese sentido, como enseñanza provechosa para lo sucesivo más que como apología de un hecho pasado, debemos evocarla, en todo momento, los revolucionarios.

Alfonso Logo

Madrid.

Los anarquistas del Norte

Entre las numerosas conferencias que ha dado acerca de sus exploraciones el comandante Peary, el célebre conquistador del Polo Norte, una de las más interesantes es la que se refiere á sus impresiones sobre los esquimales de las regiones árticas. De ellas dice Peary que no son salvajes, aunque prescinden de todo gobierno; que son inteligentes y bondadosos, que no tienen vicios, que prescinden de toda religión, no teniendo idea siquiera de un creador. «En resumidas cuentas, añade Peary, son un pueblo único en la superficie de la Tierra *(allogethea, they ave a people unique upon the face of the Earth).*»

El heróico explotador los califica de «anarquistas del Norte» y declara que hace votos porque jamás se trate de civilizarlos, pues entiende que no necesitan cambiar de costumbres unos hombres que, á pesar de no tener religión alguna, comparten sus provisiones con cualquiera que tenga hambre y dedican preferente atención al cuidado de los ancianos y de los enfermos.

Unimos nuestro voto al de Peary. Introducir allí nuestra pretendida civilización equivaldría á dotarlos de Biribís y de Montjuichs. Sin contar con que se correría el peligro de transformar á algunos de esos admirables hermanos nuestros en seres tan monstruosos como los caballeros de la Defensa Social de Barcelona.

F. Tarrida

Londres, 15 Julio.

Motivos de la Rebelión

Guerra desdichada que no debió nunca comenzarse ó debió concluir poco después de empezada. Fué una lucha sin ideal, sin norte, inconsciente, que nada justifica: ¿cómo va á justificarla una necesidad que no existe, de expansión colonial, si, para que ésta pueda existir, presupone exuberancia, plétora, exceso de vida nacional que rebosa y se derrama fuera del territorio, y España apenas tiene fuerzas para ir malviviendo una menguada vida nacional?

¡Y adónde!... Recuerdo que un jefe decía, al arengar á sus fuerzas para marchar á Africa, que iban á conquistar dos provincias más para España, y exclama: «¡Qué ganga!... ¡Dos provincias del Rif!...»

Y si no fué persiguiendo un ideal de expansión y civilización, ¿qué justificó la guerra? Tampoco pudo ser el castigo de los moros que asesinaron á cuatro obreros españoles, porque sin perder tiempo el general Marina, al frente de sus fuerzas, los batió, dando lugar á que el gobierno dirigiera un expresivo telegrama de felicitación por el ejemplar castigo dado á los moros y la cumplida vindicación del honor nacional.

Ni el honor de España ni nuestra misión policíaca en el Rif pueden servir de disculpa á la guerra. Fué una loca aventura en que se metió el gobierno de Maura por «jugar á la gran potencia» y por defender los intereses de una compañía minera. Lo menos de que se le puede acusar es de inepto.

El primer movimiento del pueblo fué contrario á la guerra, porque con su clara intuición apreció lo loco de la empresa, y no vió en ella ideal alguno que realizar. A este primer movimiento siguió otro: el de la protesta contra la llamada de los reservistas. Después, empeñado ya el honor en la lucha, hubo una reacción, y bien patentes son las muestras de entusiasmo que el pueblo ha dado por su ejército y por los triunfos de éste.

Lamento como el primero los sucesos de la llamada semana trágica; pero creo que deben ponerse las cosas en su verdadero punto, no confundiendo los delitos comunes, brutales y bochornosos, cometidos con ocasión del movimiento revolucionario, con este mismo movimiento, ni con las causas que lo determinaron y tendencias que lo informaron, ni aun con los mismos incendios.

Y menos autorizan los hechos ocurridos á los reaccionarios, á los elementos de la derecha para pedir el cierre de las escuelas laicas, que nada tienen que ver con los sucesos. Ni deben hacer aspavientos por los execrables desmanes de las turbas aquellos que parecen querer olvidar que los muy católicos soldados del Condestable de Borbón, después de la toma de Roma, obligaron á un prelado romano á dar la comunión á un asno y llevaban con ellos las monjas para galantearlas bajo palio.

Pero lo que más indigna es la terrible persecución contra los que se juzgaron elementos rebeldes. Pasaron de 200 los destierros y de 1.000 los procesos incoados; se han pedido durísimas penas con arreglo á esa ley penal atávica que se llama Código de Justicia militar, y que constituye, con la ley de Jurisdicciones, una vergüenza para España. Y sin embargo, fué precisa una crisis, fué necesario un cambio de capitán general para acabar con tal estado de cosas. ¡Cuánto más justificada hubiera estado la regia prerrogativa del indulto, que ni una vez se ejerció entonces!

No ya en el insólito caso de Ferrer; en todo se llevó á terribles excesos la represión. Se llegó á encausar á un cabo de somaten (abogado, por cierto) porque renunció su plaza sin cumplimentar la orden de buscar una casa en que custodiar las armas, y el fiscal pedía por tan «enorme delito» la pena de ¡reclusión perpetua!...

Azcárate

(De *La Democracia*, León, mayo 1910)

⁂

«Para la más elemental reflexión, la violencia de aquel estado de cosas (la guerra y el envío de reservistas) era irritante. Véase filosóficamente los términos de la cuestión, tal como la juzgaron los partidos nuevos: No dejará de ser bien interesante para conocer la evolución ideológica de nuestras sociedades.

»La patria, ó bien era una abstracción tiránica y perniciosa ó bien era el conjunto de territorios poseídos por una colectividad llamada española, es decir, una unión de tierra y habitantes, un resultado de la combinación del solar y el pueblo, ó sea, de la nación en el concepto primitivo y nómada de *gents*, y de la nación en el concepto consolidario de territorio sometido al aprovechamiento y al dominio de una raza. Por esto, y bien mirada la cosa, todos los no-poseedores rigorosamente, quedaban excluídos de la patria, desde el momento que ellos no tenían ni un sólo título que les garantizare la posesión del más pequeño trozo de tierra ó de patria con la cual combinarse para poder sér verdaderamente españoles. De nombrárseles despectivamente *sin-patria*, ellos podían responder en alta voz que eran así porque los ricos habían arrebatado todos los trozos de la patria repartida. ¡Es como si unos ladrones acusaran de inmorales, por ir desnudos, á los mismos á quienes poco antes hubiesen arrebatado los vestidos! Los sin-patria, como tales, no podían sentir amor preferente por un territorio respecto á los demás, ya que todas las naciones y todas las tierras les ofrecían por igual idénticas condiciones de vida. Todos los sin-patria llevaban la patria en sí mismos, y aspiraban en todo caso á la posesión de una patria futura que les permitiere, por el dominio de una tierra y aprovechamiento de una naturaleza, *humanizar* un terreno y *terrificar* una humanidad nueva.

»Pero aun hay más. Si alguna tierra, si alguna patria podían aquellos sin-tierra, y por lo tanto sin-patria, aborrecer, era precisamente la patria en que habían nacido. Repárese bien la anomalía monstruosa del caso: un extranjero tenía una superioridad de garantías de vida sobre un connacional, ya que el extranjero, aunque se convirtiere en propietario de un trozo de patria no suya, no se vería nunca obligado á defender esta patria con su propia sangre, y en cambio el sin-patria, en España, era el *único* que venía obligado á defender la patria de los otros, la patria que él no tenía, con la ofrenda de la propia sangre. Y lo que defendía con esta sengre era, no ya la vida misma, por instinto de defensa propia; no era siquiera la vida de los demás: era... la tierra, el capital; precisamente la fuerza social enemiga y tiránica, contra la cual tenía que luchar por instinto de conservación.

»Y aun era más absurdo el caso de Melilla. Porque los intereses eternamente privados que se trataba de defender, eran intereses que radicaban en patria agena, una patria que los *sin-patria* tenían que conquistar para los *con-patria*, sin pensar que convendría más que aquel esfuerzo se dirigiese á recabar precisamente la parte racional de patria propia que correspondería á los expoliados de la patria.

»¿Comprendéis ahora la trascendencia del estallido interior que respondió al estallido exterior promovido por un gobierno al servicio exclusivo de los posesores y detentadores de la patria?»

. . . .

«Pero si por una parte España tenía tradicionalmente esta inhabilitación moral para ser mandataria de Europa, ya que ella había resistido durante siglos á la europeización, por otra parte era también ilusoria su europeización actual, y por lo tanto, su capacidad de trasmitirla. Y precisamente la revolución catalana, con todas sus consecuencias, iba á hacer patente la secesión española de Europa, la antinomia entre Europa y España, la infructificación de la libertad y los Derechos del Hombre en España, por quiebra de la Revolución española. Hay, por consiguiente, algo de providencial en la casualidad de la lección, en la justaposición de estas dos actividades inversas elocuentísimas: la acción *soi-dissant* europea y humanitaria de España en Melilla, y la acción represiva de España en Cataluña. Parecía que en la hora crítica de prueba para el europeismo español, un genio maléfico ofrecía la ocasión de descubrir ante el mundo que la invasión espiritual y moral de España estaba por hacer... Y no olvidemos que si España perdía ante el mundo la condición de europea, el derecho mismo fundamental de la invasión dentro del Africa inculta caía por tierra, y la intervención de libertad y cultura trocábase en conquista de pura fuerza, sin ninguna disculpa ideal. Es conveniente fijarse en todas estas consideraciones, que hasta el presente no he visto expuestas en parte alguna.

»Choque entre dos continentes, he dicho más arriba. Pues bien, ya veis como respondía el proletariado receloso: «Continente por continente, preferimos chocar con vosotros. Conflicto entre el continente burgués, al cual ya no le basta la posesión de las tierras nacionales, y el continente obrero, eterna víctima de todas las explotaciones y tiranías. Para mayor ignominia, repárese que la guerra burguesa, la conquista de la tierra burguesa, se efectúa con la juventud y la flor de la raza proletaria condenada á una absoluta exclusión en la propiedad de la misma tierra por ella conquistada. Tú, burguesía, levantas como á emblema cultural que disculpe tu acción el fantasma de la patria, de la solidaridad nacional, de la comunidad de no sé cuales intereses... ¿Y osarías hablar de *solidaridad*? ¿Qué hermandad puede haber entre vosotros y nosotros; entre vosotros, acaparadores de la educación pública, de la fácil y falsa selección de las carreras, y nosotros, que tenemos una absoluta igualdad de condiciones de vida en todas las tierras del mundo, porque todas nos son igualmente externas, y llevamos la patria en el esfuerzo de nuestros brazos y en la solidaridad super-nacional de nuestras pobrezas? ¿Y quisieras ahora que en nombre precisamente de la patria que no poseemos te conquistáramos todavía un fragmento más de patria para continuar indefinidamente la injusticia? Pues hete aquí que el continente de los oprimidos se dispone á chocar con el continente de los opresores. A tu guerra nosotros responderemos con la nuestra.»

»Y el choque se produjo.

»Se dirá tal vez: es que la ventaja de la victoria sería plenamente nacional, y participarían de ella los obreros en la medida correspondiente á su casta, ya que se habrían abierto al trabajo y á la riqueza inmensas extensiones sin explotar.—Y el obrero responderá á este sofisma. ¡No! Por de pronto, la inmediata consecuencia de la guerra es la ruina de un sin-fin de familias que acaban de constituirse; es la muerte de la flor de la juventud nacional proletaria en obsequio á una conquista que vale menos que el coste material de la campaña, es decir, aun sin tener en cuenta el precio incalculable, infinito, de la sangre vertida. Nosotros, obreros, tenemos para el esfuerzo de nuestros brazos la explotación de las colonias de todo el mundo. Para nosotros no hay nacionalidades. En el interior de la misma España quedan todavía por explotar anchísimas extensiones yermas, que una nación extranjera podría abrir á la explotación y á la cultura (á la cultura en sentido directo y en sentido figurado) en nombre del mismo principio con que queréis disculpar vuestra sangrienta empresa. Nosotros, hombres de bien y de libertad, no queremos asociarnos á vuestra acción. Nosotros también vemos el campo de nuestra conquista futura, y éste se encuentra en la reivindicación de la tierra nacional y no en la vaga promesa de este Rif que ahora quisierais comprar para vosotros solos al precio de nuestras vidas, de que tan generosos os mostráis. No haremos vuestro juego. Por lo demás la ayuda que ahora os daríamos contribuiría á reforzar el mismo sistema burgués que nosotros queremos derrocar. Pelearíamos contra nosotros mismos. Y vuestra fuerza, vuestras armas, vuestra potencialidad contra nosotros, se aumentaría con el esfuerzo suicida de nuestros brazos.»

Gabriel Alomar

La topada de dues conciencies.

(*Publicidad*, Barcelona, 4 y 21 diciembre 1909.

El Privilegio

Desde que el estudio de la organización de la sociedad dejó de ser tema esclusivo de los sabios, y con la Internacional se extendió á excitar la inteligencia y la pasión de los trabajadores, la abstracción llamada *privilegio* alcanzó proporciones monstruosas; de tal modo, que si un artista se hubiese propuesto traducir en una figura alegórica las calificaciones que se le han aplicado en la fraseología de los mitins y en la literatura de la propaganda socialista en general, hubiera debido apelar á los recursos de que echaron mano los artistas de la Edad Media para simbolizar *el diablo;* y aun aquella bestia humano-fantástica con sus ojos chispeantes, su color bronceado, sus uñas agudas, sus cuernos retorcidos y su rabo terminando en punta de saeta, quedaría como inocente angelito al lado de lo que la imaginación excitada de los trabajadores hubiera podido inspirar para representar al privilegio, ente maldito, reo de todos los crímenes, verdugo de todas las víctimas, causante de todas las lágrimas y que á la postre confunde en la misma desesperación á los que proteje que á los que persigue.

Afortunadamente, como en el día no ha de pensarse en edificar catedrales, ni en decorar residencias pontificias, ni en aterrorizar á fieles timoratos, y hasta la misma *Divina Comedia* y *El Paraiso perdido* son joyas artísticas que nadie piensa imitar, y que se aprecian principalmente como documentos históricos, no hay temor de que los artistas intenten simbolizar el privilegio y con buen acuerdo dejarán á un lado esa tarea negativa y transitoria para buscar inspiraciones en el ideal, que no por su cualidad de futuro deja de ser tan positivo como si fuera presente.

Es más: muchos artistas modernos, á sueldo de la burguesía dominante, en oposición con los sentimientos, los intereses y aun la ciencia de los trabajadores, se esfuerzan en presentar al privilegio atractivo y simpático, santificado por la autoridad, por cuanto por sus limosnas sostiene los establecimientos de beneficencia; ensalzado por economistas, porque con la aplicación de sus capitales al trabajo da jornal al obrero, facilita el cambio y fomenta las relaciones entre todos los países, y hasta justificado por los científicos á la moda, que le consideran como el premio otorgado por la naturaleza á los más fuertes y mejor constituídos.

La Academia define así el privilegio: «Gracia ó prerrogativa que concede el superior, exceptuando ó libertando á uno de una carga ó gravamen, ó concediéndole una exención de que no gozan otros.»

Y luego, teniendo en cuenta la idea en su aspecto popular, añade: «Privilegio odioso: el que perjudica á tercero.»

En sociología no tiene valor alguno la primera parte de la primera definición, porque el privilegio no le concede ningún superior, si no que, según la historia, se estableció por la violencia ó por la astucia ó por ambas cosas á la vez; se conserva fresco y lozano por la tradición y por la ignorancia, y se perpetúa con la existencia de las instituciones y las leyes que le dieron formas jurídicas, las cuales, aunque hijas del error de una época de atraso, prolongan su existencia y siguen causando los males que le son consiguientes, por el carácter de imposición autoritaria de que se halla revestido, por el poder coercitivo creado para su defensa, y también por la pasividad popular, que ha hecho de los desheredados víctimas y cómplices del privilegio.

En cuanto á la segunda parte ya es otra cosa; los que se hallan exceptuados de cargos ó gravámenes que pesan sobre los otros ó disfrutan de una exención de que los demás no pueden gozar, entran de lleno en el terreno de la sociología, la cual, como ciencia de la verdad, de la justicia y de la economía social, no puede menos de considerarlos como seres nefandos, detractores de lo verdadero, conculcadores de lo justo y perturbadores de lo económico; tales son los privilegiados, los favorecidos del privilegio; del que la misma Academia, que nunca pecó de revolucionaria, dice que se le califica de odioso; y aun podría apricársele otros adjetivos no menos duros y merecidos.

Merced al privilegio, la riqueza social, producto de la naturaleza, del trabajo y de la ciencia de todo el mundo, hállase monopolizada, usurpada por una clase que si se la llama superior no es por ningún mérito especial que la distinga del resto de los individuos, sino por el hecho brutal de hallarse sobre ellos, y poder mandarlos, gobernarlos, explotarlos y deshonrarlos á su antojo.

El privilegio es, pues, un fraude social, una rémora del progreso, una tea de discordia entre los hombres, una vergüenza de la humanidad y un peligro para lo porvenir; tan grande como inmensos, infinitos, son los males que causados por él consigna la historia, y es preciso arrancarlo de cuajo del entendimiento, de las costumbres y de las leyes.

Sólo á esta condición la humanidad marchará libre y sin trabas por la vía que conduce directamente á la vida de libertad, de justicia, de ciencia y de felicidad inefable á que tiene derecho y que promete el progreso.

Anselmo Lorenzo

Queréis ver todo el cariño; todo el respeto, toda la fé, toda la democracia, toda la generosidad, la inmensa generosidad que un político os propaga?

¿Queréis verlo? ¿Sí? Pues negarle el voto.

Clodoaldo Gracia

La Rebeldía

Yo quisiera que penetrarais en el terreno que se denomina «lo irremediable, lo forzoso, lo imprescindible». Me placería que tuvierais cierta dosis de paciencia, de paciencia investigadora para escudriñar las leyes que forman á esas cosas irremediables y forzosas, que las mantienen y hacen cumplir can exactitud abrumadora; me placería en gran manera, para que entonces vierais que esas leyes exactas eran las enemigas de las conveniencias sociales, que eran irrevocables y, por tal motivo, negaban redención á las creaciones caprichosas de la humanidad.

Yo veo en cada cumplimiento de esas leyes una rebeldía. Mirad el por qué. El carácter primordial de esas leyes es el de ser indóciles á nuestros deseos. Cumplen impasibles su destino, desobedeciendo nuestros mandatos. Como los terribles conspiradores, se ocultan, obran en silencio, trabajan con sigilo y, en el momento crítico, dan el golpe de gracia, destruyendo nuestra personalidad. Esas leyes tienen la condición de resistir tenazmente nuestras locuras y ambiciones. Si pretendemos supeditarlas se sublevan; si queremos reprimirlas se enardecen, se irritan, se alteran. Ahora bien; el espíritu de la rebeldía es la indocilidad, la oposición á inícuas gerarquías, la desobediencia al poder tirano, la destrucción de estúpidas superioridades, la lucha continua, la batalla permanente, la guerra incesante al privilegio, al irritante privilegio. ¿Queréis más analogías?

Lo irremediable, lo forzoso, lo imprescindible está formado por leyes rebeldes: claro está, rebeldes á nuestras pretensiones egoístas. Ved, si no. El sér que obra con raciocinio, no excede á los límites peculiares á su naturaleza, desarrolla sus facultades con ejercicios graduados, da cumplimiento á necesidades bajo una razonable proporción; á este tipo las leyes exactas le fortalecen, le acrisolan, le hacen sano y bello. Lo mismo